

Escrita en tu nombre

NOVELA|**B**erenice

AMELIA NOGUERA

Escrita en tu nombre



© AMELIA NOGUERA, 2017
© EDITORIAL BERENICE, S.L., 2017
www.editoriaberenice.com

Primera edición: noviembre de 2017

Colección NOVELA

Director editorial: JAVIER ORTEGA
Maquetación: ÁNGELA JIMÉNEZ

Impresión y encuadernación:
CPI BLACK PRINT

ISBN: 978-84-17044-91-6
Depósito Legal: CO-1892-2017

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión
total o parcial de este libro sin la autorización previa y por
escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso En España/Printed In Spain

A Rafael María Claudín, porque siempre le viene a la mente una película, un autor u otra novela a los que acudir cuando te quedas atascada (¡escribe!); a Sandra Hernanz, mi primerísima y entusiasta lectora, por su cariño; a Ana Alejandro, mi querida editora (¡suerte!), por su alegría contagiosa; y a Tata Ramiro, mi longeva amiga, por sus largas llamadas estivales para darme ánimos. Todos estáis aquí.

ÍNDICE

Capítulo I.....	13
EL QUE REACCIONA A TIEMPO.....	41
Capítulo II.....	45
EL QUE SE SOBREPONE POR NATURALEZA.....	59
Capítulo III.....	61
LA QUE DECIDE NO RENUNCIAR.....	105
Capítulo IV.....	108
EL QUE LE OBLIGA EL AMOR.....	131
Capítulo V.....	134
LA QUE PELEA.....	157
Capítulo VI.....	160
EL QUE SE RINDE.....	181
Capítulo VII.....	183
EL QUE SE RESIGNA.....	209
Capítulo VIII.....	211
LA QUE ACTÚA POR CAPRICHO.....	225
Capítulo IX.....	228
LA QUE SE SALVA POR LOS PELOS.....	261
Capítulo X.....	265
LA QUE SE ADAPTA.....	285
Capítulo XI.....	287
EL QUE NO TIENE ESCAPATORIA.....	311
Capítulo XII.....	313
LA QUE SIEMPRE SE REBELÓ.....	325
 Epílogo I.....	 329
Epílogo II.....	343
 LAS QUE REDIMEN.....	 349

Cuánto te quise, es cierto, como dijo el poeta; o mejor, cuánto te quiero: ¿cómo no querer tus grandes ojos negros?

Y sus pupilas me atisban, me persiguen, me acosan, me alcanzan y se sonroja entonces mi tez. Son tus ojos; me atan.

Y me esconden en sus brillos de matices callados, de cadenas rosáceas de perpetua calidez; casi hipnotizada por ellos, humedeces mis labios, como rosas de frágil hermosura, como agua que les da de beber en un juramento de deber inquebrantable.

Son tus ojos, me atan.

Capítulo I

1.1

HACÍA MUCHO QUE NO TOCABA A UN HOMBRE. Y nunca lo hice de esta forma. Mis dedos se detienen en sus arrugas, las minúsculas que salen de sus ojos, las de las comisuras de sus labios, las de sus pliegues; y en los pezones, en las palmas de sus manos, en los párpados, en las líneas rectas de sus brazos y sus piernas. Avanzan ansiosos por su piel; la modelan, la perciben, la retienen en mi memoria. Por si ya nunca vuelven. Mi boca busca la suya. La encuentra. Siempre responde.

Es como un aguacero de primavera para la sed de la tierra.

Y está tan duro. Aunque puede que me lo parezca solo a mí. No sé. Pero qué importa. Nada importan ni su rostro ni su pelo ni su cuerpo, solo importa que se entrega a mí, que me hace sentir, que lo deseo y me corresponde.

Así lo imaginé la primera vez que lo vi aparecer con aquellos pantalones negros tan extrañamente anchos y la sudadera gris por la destartada puerta del gimnasio. Duro como las lápidas sin nombre de un cementerio romano, pero con probabilidad homosexual, tan de moda en estos momentos. Eso pensé, aunque esa opinión no fuera propia de mí: Malena para quienes más me quieren, Magda para algunos durante demasiado tiempo, Magdalena según me bautizaron, y solo yo para mí misma —¿cómo verte en los fragmentos que de ti ven los demás?—. Llevaba tanto tiempo no siendo yo... Gracias por haberte encontrado; sí, gracias por permitirte sentir, al fin.

Debe de ser la placidez que me invade después de haber sentido mi alma y la suya, enredadas como si fueran una, por primera vez en mi vida. Tiene que ser eso, la enajenación postcoito, la felicidad inmoral que transpira cada célula tras haber follado, como diría sin vacilar mi querida Laura. Aunque yo sigo sin poder contarle sintiéndolo como algo natural, como lo que es, lo que llevaba tanto tiempo ansiando y por fin tuve; sin amor, ¿y qué más da si sirve para renacer?

No me sonrojé cuando me pidió que pasara la noche con él porque lo había deseado tantas veces como las que me había preguntado ante el espejo cómo alguien así iba a fijarse en mí. No estoy acostumbrada a tener que competir: durante demasiado tiempo tuve pareja o, mejor dicho, compañía segura. Y todo venía rodado. Pero tal vez su culo me haga olvidar aquello. Si Laura pudiera verme ahora, seguro que lo diría: «¡Hay que ver, Malena, qué puta te has vuelto!».

Aunque no era homosexual. Cuando ves a un hombre así, con ese cuerpo y esa cara y esos ojos y ese pelo y ese culo y ese culo, y treinta y tantos, o está casado o es un viva la virgen o es marica. Y no piensen que empleo el término despectivamente: siempre he respetado, a secas, a todos aquellos que deciden quererse en las combinaciones que mejor les convienen. Incluso digo «a secas» porque nadie tiene el derecho a usar otra palabra diferente de «respeto». Quienes se aman quebrantando reglas no escritas en este lado del planeta solo precisan nuestro respeto, nunca nuestra comprensión, ni mucho menos nuestra tolerancia. Creo que deben de pensar que toleremos a nuestra madre.

Sin embargo, en ese momento estaba convencida de que algunas cosas no cambian, de que los estereotipos que nos permiten clasificar a nuestros semejantes con el fin de facilitarnos la vida eran dogmas de fe: así que, con ese culo y esos hombros, debía ser marica o casado o vividor. Pues claro.

Y de todos modos, cuando lo veía llegar a las clases de yoga, el único hombre entre tanta fémina a esas horas de la tarde, no podía dejar de observar cada uno de sus movimientos —perfectos, sinuosos, acompasados— con infinito disimulo, pero ojo avizor, no fuera a perderme alguno. A menudo este interés me llevaba a perder el equilibrio y terminaba torciéndome un tobillo, que nunca fue ni sigue siendo una de las partes con mayor estabilidad de mi anatomía. Y, si por el contrario resultaba ilesa, me

iba a casa tan excitada como creo haber estado en pocas ocasiones, mucho antes de casarme durante mi adolescencia y parte de mi madurez.

Y es que alguna vez fui una mujer soltera y libre. Eso me parece recordar. Me veo a mí misma en la discoteca, con mis pantalones de campana y mi torera de tela vaquera, gris y nevada por más señas —qué le vamos a hacer, era la moda—, y muchos kilos menos, esperando que alguno de esos chicos tan guapos se me acercara y me pidiera bailar las lentas, toda una institución en aquella época: la de noviazgos que comenzaron escuchando de fondo una canción de George Michael, mientras apretábamos los codos con fuerza contra la cintura para que no hubiera forma humana ni divina de llegar a los pechos. O, mejor dicho, mientras las otras apretaban sus codos; yo no, tampoco Magda ni Malena. En realidad, nosotras no disfrutamos de ese privilegio más que una vez cuando se me ocurrió besar al chico en cuestión, para experimentar la novedad, y resultó que el pobre estaba colado por mí, justo cuando a mí él no me interesaba un rábano. Así que, además, aquel beso me costó un gran disgusto porque luego no supe bien cómo deshacerme de mi inesperado pretendiente.

No sé por qué, solía fijarme en los guapos. Aunque sin esperanzas, eran quienes llamaban mi atención. Y no es que considerara que no pudiese aspirar a que alguno reparase en mí, era solo que las demás solían tener menos vergüenza y una ropa mucho más bonita; con quince años y en una discoteca, a menudo eso es todo lo que importaba. Lo mismo que con treinta, casi siempre. Por eso, en aquellos tugurios tan de moda entonces, no estaba demasiado solicitada —el culo de Omid vuelve a apabullar mis sentidos como demostración, quizá, de que las cosas sí cambian a veces—. Y en el instituto sufrí peor suerte aún. Allí conseguí, les aseguro que sin proponérmelo, romper cuatro noviazgos aunque ninguno de los pretendientes me atrajera en realidad. Y es que no era muy avispada en eso de la seducción y los llevaba a confundir los sentimientos: para mí, ellos eran solo amigos; para ellos, yo enseguida me convertía en el objeto de su mendicante amor. Magda se pasó entonces parte de 2º y de 3º de B.U.P., allá por los dieciséis añitos, *desfaciendo* entuertos, como don Quijote, pero sin molinos.

En el instituto yo siempre fui Magda. Con este nombre me llamaban todos, excepto Laura, mi mejor amiga desde que éramos unas crías, para quien siempre he sido Malena. También para una

profesora de Filosofía de tercero, una mujer nerviosa, espigada y menuda que entonces me parecía viejísima, aunque no alcanzaba la treintena. Ella, además de revelarme el significado de todos mis nombres, me calificó de «displicencia con patas» sin más razón que el que no demostrase demasiado interés en sus explicaciones sobre el ser o no ser, como muchos otros. Aquello es lo más curioso que me han llamado nunca, si exceptuamos los mote que me pondrían las parejas de mis amigos-enamoriscados cuando, sin consultarme, les comunicaban formalmente que iban a salir conmigo y que las dejaban. Solo uno de ellos, que me conocía algo mejor que los demás, actuó con cierta inteligencia y, en lugar de abandonar a su novia y volver con ella poco tiempo después, se bebió una botella entera de una de las bebidas más baratas y de mayor graduación que encontró —aún sigo sin explicarme dónde dejó el coma etílico— para convencerse de que tenía que poner remedio a lo que comenzaba a sentir por mí, y luego me olvidó. Cuando lo consiguió, intentó enseñarme a jugar al mus.

—Ya que no vas a querer salir conmigo —me dijo un día que hicimos pellas en la clase de Mates—, por lo menos di que serás mi compañera de timba.

Ya entonces me tocó a menudo ir contra corriente, como las truchas, pero sin escamas —lo que me faltaba, un par de aletas—, al tener que soportar infinidad de chismes y desprecios, y descubrí también unos atributos de los que antes carecía: un par de ovarios. Ahora puedo decirles que tendría que haberlos aprovechado más unos años después, pero entonces comencé a usarlos con timidez y pasé una gran parte del tiempo plantando cara a las dejadas y a su «camarilla», curiosamente formada por aquellas amigas que se habían visto relegadas por la aparición del novio.

A estas era a quienes más temía. Algunas incluso formaban parte de mi reducida pandilla, aunque en realidad yo prefería relacionarme con los chicos y de ellas no me fiaba demasiado. Y no sin razón. Nada más enterarse de la traición, me dejaban de hablar de forma implacable, sin ningún tipo de aviso ni de explicación, y empezaban su campaña «antimagda»: cuchicheos y mentiras de niñas tontas. El primer año sufrí, pero después comencé a usar esos nuevos atributos de los que les hablaba y adquirí una indiferencia indolente ante sus miradas malhumoradas. Y eso, paradójicamente, es lo que siempre más les fastidió.

Sin embargo, en realidad nunca aprendí a manejar la situación, ni tampoco a jugar al mus; terminó el curso y al año siguiente nos asignaron turnos diferentes. De ese modo perdí yo a mis amigos más interesantes, aparte de por el insignificante detalle de que dejaran a sus novias para salir conmigo sin tener la gentileza de anunciármelo antes. Cuando el mal estaba hecho, ya no había marcha atrás: volver con la novia implicaba terminar de forma tajante la relación, aunque solo fuera de amistad, con Magda.

Y Magda tardó mucho en encontrar a alguien que le gustara de verdad, mucho en comparación con la media que a los diecisiete años ya sabía todo lo que había que saber sobre sexo, condones, pastillas y revolcones en el parque. La media sabía todo eso, pero yo no. Yo solo fui precoz para las Matemáticas: a los cinco años ya había aprendido a dividir y a calcular reglas de tres. En los números había normas, métodos, procedimientos, teoremas, un mundo de paradigmas a los que recurrir y en los que me encontraba a mis anchas; pero el sexo tenía algo que no me cuadraba. Para empezar, ni siquiera era capaz de llamarlo así. Omid ha hecho que lo llame por su nombre, el verdadero, el único: sexo, sexo, sexo; bendito sexo. Sexo.

Pero ahora tengo treinta y tres años y me han dejado, poco más o menos, así que puedo acostarme con quien me dé la gana. Entonces tenía la mitad, mucho miedo a lo que podría llegar y prácticamente solo chicos por amigos, por lo que, por culpa de mi filosofía de la vida y de la amistad, me resultaba aún más difícil encontrar a uno que fuera también amante o llegar siquiera a ofrecerle la oportunidad. Además, como ya les expliqué, las mujeres no me caían demasiado bien, a excepción de Laura, mi casi cuarta hermana.

Laura sí sabía de sexo o al menos sabía lo que era que un chico la besara e intentara meterle mano en la oscuridad de los pubs de los ochenta, pretensión a la que por aquel entonces aún no solía acceder. No mientras yo estuviera cerca.

Pero ella es muy guapa, sus ojos son grandes y de un color extraño —intenten imaginar un topacio amarillo con incrustaciones verdes— y su pelo es negro y muy lacio y abundante. Supongo que la profusión de cabello los excita mucho. Nunca se lo ha cortado por encima de los hombros. La promesa, el juego de la adivinación. Laura me contaba luego lo que hacía con ellos, cómo la habían acariciado o qué nombre recibía cada beso. Siempre eran

caricias superficiales, si es que una caricia puede serlo, y algunas zonas estaban prohibidas hasta un momento indeterminado en el tiempo, en la pasión o en la vida, que no teníamos nada claro cuándo ni cómo llegaría. A esos lugares no se podía llegar. Por eso los brazos bajaban sin vacilar a proteger los senos mientras bailábamos abrazados. Pero recuerden: mientras bailaban ellas, no yo. Aunque Malena deseaba seguir el ejemplo de Laura, Magda siempre reprimía ese sentimiento y me resignaba entonces a pasar la mayor parte de mi tiempo enfrascada en los estudios, porque no había forma de convencer a Magda y mis pretendientes tampoco llegaron a insistir lo suficiente como para conseguir que mi sexualidad despertara de una vez.

En realidad, sí hubo uno que podría haberla excitado de sope-tón, cuyas manos eran más suaves que las de los demás y lograba que me comiera las uñas cada vez que se me acercaba. En el viaje de fin de curso, que no recuerdo por qué estúpida razón fue en el mes de marzo, Rodrigo y yo pasamos todo el camino en el autocar haciéndonos cosquillas. Primero yo le acariciaba la espalda, los hombros, el cuello, las orejas, el cuello, los hombros, los brazos, esa zona justo al otro lado del codo —cuyo nombre buscaré algún día en internet, se lo prometo— y otra vez la espalda. Después, él me acariciaba a mí: los brazos, el cuello, las orejas...

Con solo recordarlo se me eriza el cabello. Y tal vez debería contarle esto a Omid, aunque hasta ahora no le ha hecho falta. Aún siento cada una de sus caricias.

La piel tiene memoria; si cierro los ojos, repite con precisión el recorrido de sus manos, grandes, pero extrañamente suaves. Qué poco podía imaginarme que pudieran serlo tanto. Nunca antes nadie se había tomado la molestia de demostrármelo. Más bien al contrario, las caricias de Mario siempre habían sido secas, ausentes, frías, recelosas; era como si mi cuerpo le ahuyentase en lugar de atraerlo. Al tocarme, apenas me miraba y sus besos eran cal-mados, huidizos, parecían divagar en otros besos, en otros labios. Y terminaban siempre antes de tiempo.

Pero no se despiden, que en breve les contaré quién es Mario. Casi toda la vida con él y al final tuvo que terminar así; sigo sin poder creerlo, menos mal que el daño que me ha hecho se diluye con el tiempo. Aún lo veo en sueños: sus ojos negros, su cuerpo de arcaica escultura griega, su tez suave y morena. Me temo que sigo

amándolo, es demasiado pronto quizá para olvidarlo, pero, aunque Magda jamás lo hará, Malena lo abandonó hace mucho.

Con Omid he descubierto una forma diferente de querer, más corpórea, más sensual. En ella, yo soy la protagonista, lo son mis pechos, lo son mis manos, lo son mis labios. Es mi cuerpo y es el suyo. Él hace que me se sienta nueva, inexplorada; como entonces, cuando Rodrigo y yo nos acariciábamos con picardía de viejos, pero tosquedad e inexperiencia de chiquillos. Y ambos sentíamos una mezcla de cosquilleo y excitación que durante aquel primer viaje de adultos incipientes se prolongó durante todo el trayecto, unas ocho horas de ida y otras ocho de vuelta, cuando, mientras los demás cantaban, fumaban, bebían y contaban estupideces en la parte de atrás del autobús, él y yo empezamos a darnos cuenta de que queríamos ser más que amigos.

El aire de la noche aún no se ha enfriado, las cortinas se mueven como titubeando mientras una brizna se cuela por el hueco que, a regañadientes, le dejan los árboles, altos y puntiagudos; tanto, que casi invaden mi minúscula terraza. Mario siempre los odió, como se puede odiar a un árbol. Decía que eran los responsables de que apenas circulara corriente cuando las calurosas noches de agosto asediaban nuestro cuarto. Sus palabras vuelven de forma irremisible a mis recuerdos, Magda lo trae aprovechando la menor ocasión. En mi imaginación se cuela su mirada pícaro de niño mimado, su voz profunda, su altivez. También su sonrisa, amable de vez en cuando, esbozada por unos labios finos y, ahora me lo parecen, demasiado sonrosados. Pero Malena consigue expulsarlo del rincón de la memoria en el que se nos hace visible y enseguida recobra el mando.

No sé desde cuándo es ella quien nos dirige, aunque, al observar a Omid, agradezco que sea así. Nunca antes había sentido esta contradicción. Por primera vez, a Magda y a Malena las oigo con nitidez como si no fuéramos solo una o tres partes muy íntimas de mí que, aunque dispares, se complementan.

La exigua brisa parece buscarme, se deleita conmigo; así lo siento, tal vez porque mi piel continúa en estado de excitación y percibo magnificado mil veces el roce más íntimo. El calor tímido que la impregna y me envuelve me eriza el vello. Aprovecho para volver a mirar al hombre que está a mi lado. Me resulta muy hermoso, aunque tal vez no lo sea tanto. Su pecho sube y baja en un vaivén acompasado que sigue el mismo ritmo de mi respiración. Sus pulmones y los míos se hinchan y vacían en sincronía; y poco importa si es así o no en realidad, puede que esa impresión se deba

a la insensatez que me desborda en esta noche mágica y que todo lo que experimento no sea en verdad lo que parece.

Pero de repente él se mueve y sus ojos se abren. En mi mente iluminan la noche. Como en el amor renacentista, que Garcilaso me perdone, se fijan en los míos, las partículas de amor entran por mis pupilas, mi alma se inflama. Y ahora Garcilaso sí que debe perdonarme porque hasta aquí dura la semejanza en nuestro sentimiento. Y es que yo pretendo amar carnalmente a mi Isabel, si él se deja.

—¿Qué hora es? ¿Qué haces despierta? —pregunta mi amado.

No piensen mal, es puramente metafórico, para seguirle la broma al gran poeta, cuyos geniales versos releí hace muy poco. Pero no soy tan ñoña, apenas lo conozco y las flechas de Cupido solo han servido aún para meterlo en mi cama. Mil gracias te doy por ello, dios de los enamorados.

—No lo sé —le digo—, debe de ser temprano, aún no ha amanecido. Solo estaba mirándote. Perdóname si te he despertado.

El techo parece mucho más bajo cuando la sombra de los árboles, los odiados, se cimbrea contra Omid. Él apoya el codo en la almohada, sostiene su cabeza con una mano, se reclina sobre mí y con la otra comienza a revisar mi oreja. Parece que le gusta lo que encuentra porque sonríe y, muy despacio, acerca su boca a la mía. Magda se resiste, no quiere que nadie la toque, como si aún fuera de Mario. No puede soportar ni tan siquiera el olor de otro, no puede dejar de sentir que lo traiciona.

Me aparto un poco, pero Malena vence y al fin me relajo y consigo responder al beso que se infiltra en mí y ocupa uno a uno todos mis nombres.

—No importa. Así podemos aprovechar un poco más el tiempo —continúa al separar de mí sus labios.

Creo que pocas veces antes he sentido esta atracción que me hace desearlo tanto. Deseo abrazar su espalda inmensa, su torso abultado. La piel de Mario quizás era más suave, pero me sabía a poco. Omid sabe en cambio a arroz con leche, a vainilla y limón, a dulce de membrillo. Será que llevo años hambrienta y su cuerpo calma ese apetito.

Sin duda, prefiero el amor carnal al del poeta y él me demuestra que también.

Creo que es en eso en lo que al hacernos adultos más cambiamos. Con diecisiete años yo creía en el amor platónico. Ahora sé que, sin el otro, el amor real está incompleto. Y es posible que Rodrigo, el de mi instituto, hubiera podido enseñarme entonces ya esto, si le hubiera dejado. Porque en los cinco días que duró la excursión a las playas malagueñas —hay que ver lo pobres que éramos entonces y, sin embargo, lo pobres que nos creemos ahora—, no dejó de llover. Pero hablamos, nos reímos y nos escapamos a ver el amanecer en la playa, tumbados sobre una manta y helados hasta las pestañas, aunque felices, quizá de estar juntos.

Sin embargo, él era tímido y yo idiota, creo que ya se lo he dicho. Y volvimos sin saber muy bien qué había pasado ni qué podría pasar hasta que, de nuevo en uno de esos bailes de música lenta en la discoteca de regreso en Madrid, me pidió salir. Aquello constituía el primer paso para llegar a mayores. Por fin. Pero yo tenía que pensarlo —ya saben, era mi amigo— y le rogué que me diera algún tiempo para contestarle. Justo el día que decidí anunciarle que sí, que quería ser suya para siempre, después de consultarlo con Laura —quien evaluó *los pros y los contras* en unos diez minutos, más o menos—, apareció con una novia que tenía en no sé qué club de deporte para medio ricos del que su familia era socia. Sé disimular hasta llegar al histrionismo si me lo propongo, así que hablé durante horas con aquella chica maravillosa y repugnante a la vez, quien incluso se alegró mucho de conocerme después de tanto tiempo oyendo hablar de mí.

No saben lo que me alegré yo de conocerla después de tanto tiempo de no haber oído ni una palabra sobre ella.

Rodrigo nunca llegó a averiguar que ese día mi intención era contestarle, que llevaba días imaginando cómo serían sus besos y que aquella niña casi mujer consiguió que mi corazón se llevara el gran chasco de mi corta vida. Sin embargo, a él no le dije nada. Solo se lo conté a Laura, quien gracias a dios le puso a parir, y nos pintamos para la ocasión, nos vestimos de gala y nos fuimos a bailar. Según ella, así era como se arreglaban esos asuntos.

Días después me enteré de que Rodrigo había dejado a su acompañante y de que una tal Antonia, una amiga suya experta en amores, o eso se creía ella porque se había acostado ya con unos cuantos, le había aconsejado que la mejor estrategia para que yo saliera con él era darme celos y para ello usó a la niña casi mujer

con quien tonteaba a veces en el club y que andaba loca detrás de él. Pero la supuesta experta no contó conmigo. En lugar de aferrarme a él, lo dejé marchar. Magda venció y se lo cedí a aquella niña de pelo castaño y sonrisa tímida que había perdido a su padre hacía poco y que me miraba como si supiera que iba a reaccionar como lo hice, y que aquella era su única oportunidad para evitar perder a su opción de novio.

¿Por qué me lo tomé así? Ahora lo sé: aquella fue la primera ocasión en la que conscientemente no pude anteponer mi placer o mi bienestar a los de los demás —no saben cuánto deseaba que Rodrigo volviera a hacerme cosquillas en aquella zona de detrás del codo, ya saben, la de internet— pero no sería la última. Entonces comenzó ya a manifestarse uno de los rasgos de mi carácter que más disgustos me han dado.

Ahora Rodrigo está casado con aquella chica indefensa y muy inteligente, e incluso tienen tres hijos, así que no me arrepiento de aquello, aunque sí me arrepentí muchas veces de no haber abofeteado a Antonia.

Para que se metiera en sus asuntos.

1.3

Omid me acaricia el pelo, quizás piense que ya estoy dormida, no puede ni imaginar que no voy a volver a dormir jamás, no vaya a ser que esta felicidad se duerma conmigo y no despierte nunca. Se levanta; está desnudo, completamente desnudo. Solo en el cine malo los actores se ponen una sábana por encima antes de salir de la cama para ir al baño. Son capaces de tirar al suelo a su amante haciéndole rodar por encima del colchón para cubrirse con algo. Siempre me reía con Mario cuando veíamos escenas similares en muchas películas, aunque no en las españolas; en estas, incluso se les ve meando.

Pues claro, ¿es que los americanos nunca mean? Porque nadie lo diría por sus pelis. Y todos son delgados, guapos y altos. Como Omid, es un milagro, guapo y alto. No puedo creer que esté en mi baño. Mario también es un hombre casi perfecto, y eso fue, precisamente, lo que me vacunó contra la maldita perfección, porque él es tonto, siempre lo ha sido, egoísta y caníbal. Aunque sus grandes ojos negros no lo demostraran y logaran deslumbrarte durante un tiempo, Mario siempre fue un estúpido. De otro modo, no habría hecho que perdiéramos parte de nuestra vida en un engaño. Laura llamaba «hombres caníbales» a los que se comían cualquier cosa, el hambre lo justificaba todo. Y ella se reía de ellos. Yo jamás osé. Bastante tenía con intentar sobrevivir entre unos y otros.

Y después de Rodrigo, me terminé enamorando de Mario. Fueron sus ojos, estoy segura, sus ojos negros los que a él me ataron durante casi quince años.

Laura y yo habíamos quedado para dar una vuelta por el pueblo. Estábamos en fiestas y todos salían y entraban sin cesar en los bares, se subían y bajaban de los cacharos de la feria y se apretu-

jaban en los chiringuitos que las peñas montaban en viejos locales o en la misma calle, donde se bailaba, se bebía y se comía sin parar. Y, además, se miraba. Allí nos reuníamos los jóvenes del pueblo y todos terminábamos conociéndonos antes o después. En aquella época solía hacer frío, pero esa noche había comenzado con una tibieza en el ambiente que parecía provenir de la gente, más que de un fenómeno atmosférico. No llovía, no hacía viento, no estaba nublado. Tan solo una turba de personas paseaba por las calles y se escuchaba la música y los gritos de los paseantes y de los que pretendían cantar. Olía a chorizo y a panceta, y las guirnaladas de luces iluminaban el agua gris, con pedazos de fiesta, en la fuente de la plaza. Nos acompañaban unos amigos de la hermana de Laura, mayores que nosotras, y no teníamos hora para llegar a casa. Ella se movía como pez en el agua entre miles de chicos que la rodeaban, siempre la rodeaban. A eso estábamos las dos acostumbradas. Yo bailaba con uno de mis amigos del instituto que se había acercado por allí con su grupo. Entonces lo vi; me miraba con fijeza mientras con una mano sujetaba un mini de cerveza y con la otra me hacía señas para que me acercara.

—Laura, ¿conoces a ese? —pero Laura ni lo miró, solo me sonrió y siguió jugueteando con otro de sus admiradores.

Solté a mi acompañante y lo dejé allí donde se quedó de pie. No era cuestión de ignorar a un chico como aquel, tan atractivo, cuyos ojos magos seguían sin apartarse de mí. Como si eso fuera a ocurrirme alguna otra vez en la vida. Me dirigí hacia él. En el trayecto, vi cómo mi compañero de clase resbalaba hasta caer a plomo sobre el suelo. Me volví para recogerlo y, cuando le hube vuelto a dejar en una posición medianamente decorosa, reanudé mi camino en busca de Mario. Para mi desesperación, él ya había desaparecido.

Por supuesto, me empeñé en olvidarlo, pero mi subconsciente no me hizo caso. Aquella noche soñé que me besaba, que me enamoraba con locura de él y —por qué no, era mi sueño— él hacía lo propio conmigo. Cuando desperté, sentí una mezcla de excitación, rabia y atontamiento, supongo que debido a la cerveza de la noche pasada. Laura se levantó un rato después y, mientras tomábamos leche con ColaCao y muchas galletas para desayunar, se lo conté.

—Te apuesto una hamburguesa con patatas y tortitas con nata a que terminas saliendo con él —me dijo, siempre tan optimista y tan glotona.

—Estás como una cabra. No lo conozco de nada, no creo que vuelva a verlo.

—Ya veremos —medio gritó, mientras se encaminaba hacia la ducha.

Al cabo de unas semanas me llevé la sorpresa de mi vida cuando el protagonista de mi sueño apareció en el instituto para ver a uno de mis compañeros de clase. Así que los milagros existen, al menos cuando se tienen dieciséis años y son tan nimios como ese.

Pues claro que los milagros existen, Malena, o si no, levanta la cabeza y dime qué hace ese tío metiéndose en tu cama. Omid es más que un milagro, es casi una bendición y menos mal que no soy creyente porque si lo fuera podría proferir alguna que otra blasfemia. Se tiende a mi lado y se tapa con mis sábanas. Su pecho terso y todavía algo húmedo se pega en un lengüetazo a mi espalda. Sus brazos rodean mi alma. Mi vida se diluye, se deshace la sórdida pesadumbre de mis recuerdos. Gracias, amor mío, por no ser marica.

Pero, aunque tal vez los milagros existan, es segurísimo que no vienen en tandas. E incluso, a veces, no lo son más que en nuestra imaginación y lo que en un principio se suponía un deseo, se termina convirtiendo en una realidad insoportable. Eso, más o menos, fue lo que sucedió con el milagro de Mario. Y ahora creo que no fue sino la mala suerte la que se cebó conmigo, pero entonces pensé que debía agradecerse a mi destino: solo eso podía explicar que mi recién estrenado amado jugara en el equipo de fútbol de una buena parte de mis amigos de clase. Al final, mi fantasía podía llegar a materializarse.

—Ya puedes ir ahorrando, Malena —me soltó Laura cuando le conté que aquel chico con el que había soñado en las fiestas conocía a Regino, a Borja y a muchos otros de mi curso—. Me voy a poner morada —repetía ella.

Entonces no teníamos ningún problema con el peso. Parecía que todo lo que comíamos servía para alimentar a otras cuatro o cinco personitas que vivían dentro de nuestros cuerpos y que se repartían los kilos. Delgadas, delgadas, delgadas. E ilusas, ilusas,

ilusas porque creíamos que eso importaba algo —como si la felicidad se pudiera medir alguna vez según el agujero en el que se abrocha uno el cinturón—. Laura parecía una muñequita de porcelana, con los labios gruesos de frambuesa, el culo prieto como una pera y la vida encumbrada en su mirada.

—Malena, cariño, tienes que ir a ver cómo se entrena. Seguro que se fija en ti, hazme caso —se empeñaba en repetir Laura por el día y por la noche.

Y por si acaso no seguía su consejo y para no perder la apuesta, se aseguró de que todos los amigos de Mario se enteraran de que Malena estaba loca por él. Pero algo dentro de mí me impedía ir más allá, no fuera a rechazarme, y así, mientras ella se mantenía ocupada investigando con esmero a los hombres para después contármelo con profusión de detalles, yo seguía alimentando mi amor platónico por él. Muy a escondidas, claro está, para que no se me notara nada, a pesar de que por el instituto corría ya la voz de que la inquebrantable Magda estaba muy enamorada. Para matar a Laura.

Por eso, yo continuaba pensando en Mario, aunque procurando mantenerme a salvo. Intentaba cruzarme con él siempre cuando se acercaba a ver a alguno de sus compañeros de equipo, pero desde una distancia prudente que me permitiera huir, si se diera el caso. Qué le vamos a hacer, siempre he sido tímida y —ya saben— un poco idiota. Pasó mucho tiempo antes de que Mario, alentado cada día por un amigo distinto, empezara a fijarse en mí, porque él no se acordaba de haber llamado a una chica como yo en ninguna fiesta patronal y mucho menos de que ella no hubiera acudido a su llamada. Cómo iba él a ser ninguneado por una niña delgaducha de pelo ondulado, pero poco vistoso —no se vayan a creer—, con la vista perdida en un universo de quásares y moléculas, integrales y silencio. Por suerte, al fin llegó el verano y pude olvidarme durante algún tiempo de sus ojos.

Con el calor sobrevenía la inactividad y Laura y yo podíamos dedicarnos a lo que más nos gustaba: pasear, charlar, hacer planes para cuando nos hiciéramos adultas y pudiéramos viajar, ver mundo, conocer otros lugares, otras gentes y, cómo no, algún chico más guapo y más tierno de lo que ese pueblo, tan insustancial y zafio para nuestros ojos tan ansiosos de vida, podía ofrecernos. ¿Ven ustedes?, acabo de encontrar algo que sí ha cambiado con el tiempo: los niños han dejado de jugar unos con otros, sin

maquinitas de por medio. Ya no saben, sobre todo si tienen que mojarse y correr y sudar, o tal vez sea que no les dejan, no vaya a ser que sigan siendo unos críos demasiado tiempo.

Nosotros corríamos unos tras otros durante las doce horas diarias que nuestras madres nos echaban, literalmente, a la calle. Después de plantearme en alguna ocasión tener un hijo y de observar el comportamiento de algunos de los de los demás mientras saltan con los zapatos puestos sobre mi sofá, no entiendo cómo nuestras sufridas madres podían soportar un promedio de cuatro o cinco mochuelos por casa y cómo las doce horas no eran dieciséis, más ocho horas de sueño, veinticuatro. Asunto arreglado. Ese tiempo era el que empleábamos en jugar al escondite, al rescate, al látigo, a la goma, o a lo que saliera.

Pero no se asusten porque mi historia no pretende llegar a una época tan lejana. Tan solo deseo retenerla porque, en el fondo, la añoro. Añoro su sencillez, la seguridad que da la dependencia de otros y, sobre todo, la simplicidad que implica la asexualidad de la infancia, que no te impulsa a buscar una pareja con el ansia con que se persigue en la madurez. También añoro la juventud, como la mayoría de ustedes, estoy segura, pero menos que aquella época de la que mi recuerdo más tierno evoca el baño de antes de la cena, conjunto con algunos de mis hermanos para ahorrar agua y gas, y cómo nos sentábamos después junto a mi padre en el sofá a ver la película del miércoles, que era cuando él libraba, a veces.